

EL CARISMA ECUMÉNICO DE SOR MARÍA GABRIELA COMO PRAXIS DE VIDA COMUNITARIA.¹

Esto, más que una relación o una conferencia, es un testimonio de una monja que vive en la misma comunidad que vivió Sor María Gabriela.

Exactamente hace sesenta años, a esta misma hora en la que hablo, Sor María Gabriela moría y, al día siguiente, en la sala capitular, su abadesa, M. Pía Gullini, una gran figura profética que suscitó, orientó y apoyó su sacrificio, hace el elogio, diciendo estas palabras: *“Ha sido una verdadera trapense: por el silencio de amor, por la obediencia, por la humildad profunda unida al olvido de sí como estado de ánimo. Ella no contó más, no valía la pena el pensar en aquel pobre yo, cuerpo o alma que fue. Vivió en el pensamiento de la gloria de Dios. No deseaba, no rezaba por otra cosa. Esta hijita que pasó sonriendo, sin nunca llamar la atención, sin que ninguna haya pronunciado jamás una queja sobre ella; esta hijita que nunca desobedeció; que nunca dio un disgusto a la Madre Maestra o a la Superiora, salvo la angustia causada cuando supieron que estaba enferma y se percataron del tesoro escondido que poseían; esta hijita de la que no sabría que decir observando su breve paso entre nosotras, que parece no haber hecho nada, verdaderamente nada, de este alma yo podría estar hablando hasta mañana.*

Columna fue y permanecerá columna: “Faciám illum columnam in templo Dei mei” (Apoc.3,12). ¡Cómo había querido amar al Señor, consumarse por Él! Pero no tenía nada que dar, que le dijese qué cosa podía hacer, que no sufría nada. ¿Cómo recompensar, agradecer al Señor por haberla traído concretamente aquí, satisfaciendo plenamente su instinto sobrenatural? Había dicho a su confesor: “Elija usted, envíeme donde quiera”. El Padre a este abandono confiado responde con un acto de humilde confianza y la envió a la Trapa”... y la abadesa continúa diciendo que, por un instinto que sorprendió a ella misma, dado su gran sentido maternal, casi siempre fue severa con Sor María Gabriela, buscando – son siempre palabras de M. Pía – hacer llegar aquel alma, exquisitamente femenina, derecha hacia el cielo; derecha y potente y rápido. Fue exigente en sus respetos y la impulsó a la fuerza hacia lo alto, no conociendo todavía la voluntad férrea oculta bajo la sensibilidad de la joven hermana sarda.

Todos conocemos la linealidad y la rapidez de su itinerario: la conversión a los dieciocho años y el cambio radical que el encuentro con el Amor produce en su temperamento, que la madre definió como “áspero”. Entró en el monasterio y se entregó sin reservas y con una inmensa gratitud a Dios, que la había elegido, con un único miedo, dictado por el amor de la mujer sarda por la familia y la casa, el ser despedida de la comunidad. La ascesis monástica, abrazada con amor gozoso, desarrolló en ella sus mejores dotes: se transforma continuamente en más calmada, reflexiva, profunda. Ya muy equilibrada por temperamento, recibió de Dios aquella sabiduría que desvela los misterios del Reino a los pequeños y a los limpios de corazón: la sabiduría de la Cruz.

¹ Para recordar el vigésimo aniversario de la Beatificación de Sor María Gabriela, proponemos una conferencia que la postuladora o.c.s.o. pronunció en Cagliari, en la Facultad Teológica de Cerdeña, con ocasión del Congreso “Ecumenismo y monacato femenino” en 1999, a los 60 años de la muerte de la Beata María Gabriela.

Después de la profesión el don se hace más completo: *“Ya soy profesora: ahora Señor, haz todo lo que quieras; si quieres que muera, o la enfermedad, incluso si me convierto en tísica – aunque en mi familia no haya nadie – estoy lista”*. Y después, por una inspiración absolutamente extraordinaria, el ofrecimiento por la Unidad y la entrega de la vida como sacrificio: *“Permítame ofrecer mi vida. A fin de cuentas ¿qué vale? No estoy haciendo nada. No he hecho nada. Usted misma ha dicho que se puede hacer este ofrecimiento con el debido permiso”*. Y más tarde: *“Me parece que el Señor lo quiere: me siento impulsada a ello, incluso sin quererlo pensar”*. Después, durante quince meses el sufrimiento llevado con el abandono en el amor: *“Pienso: si muriese hoy, ¿qué diría? Señor, haz lo que quieras”* y a quien le sugería que dijera al Señor que no le dejara mucho tiempo en el Purgatorio, respondía: *“Cuando comparezca frente a Él, si tuviera que decir alguna cosa, diría: ‘Haz lo que quieras, colócame donde quieras y si, por así decir, tuviese que dar gloria incluso en el infierno, allí iré’. Como quiera el Señor. Mi fragilidad, no obstante, la confío a su misericordia”*.

¿Cómo explicar con categorías racionales el ofrecimiento de su vida por la Unidad? Sor María Gabriela no sabía casi nada de las diferencias que separan y, a menudo, enfrentan a los cristianos, excepto las generalizaciones habituales y los lugares comunes de su tiempo: los protestantes no veneran a la Virgen... los ortodoxos no reconocen al Papa... Creo que en su vida jamás había hablado con personas de otras confesiones y probablemente ni siquiera las había visto. Pero amaba apasionadamente al Señor: si Él había ofrecido libremente en sacrificio su vida *para recoger en la unidad a los hijos de Dios que estaban dispersos* (Jn. 11,52) era para ella una necesidad dictada del amor acompañarlo en la inmolación. A su alma pura bastaron la pasión ecuménica de su abadesa y el anuncio que ya otros habían dado todo por la gran causa de la Unidad para pronunciar su *‘He aquí’*. Le empujaba el ansia de la entrega total de sí al Amado: *“Tengo un carácter así: si veo un sacrificio, necesito hacerlo. Aún en casa si leía algo sobre un voto heroico, decía: Jesús, lo hago ahora”*.

Su único deseo era amar de forma efectiva, práctica, con toda la entrega con la que una joven sarda sabe amar al esposo y a la familia, con realismo y contención, pero también con pasión. *“Cuando se sufre por Jesús ni siquiera se piensa que se sufre: durante el noviciado yo quise amar, amar, amar cada vez más... Me parece que se muere de amor si se vive de amor, porque al final de la vida se puede adquirir el alma pero no el amor”*. Pocos días antes de morir recordaba su fuerte impresión ante un reproche de la superiora: había desempeñado el servicio litúrgico de cantar el salmo invitatorio pero, habiendo desentonado, creía haber hecho todo mal y no creía las palabras de aliento de la abadesa, que terminó diciendo: *“¡Pues bien, piense también con su cabeza y así agrada a Jesús!”*. *“¿Desagradar a Jesús? ¡Ah, no sé lo que sentí! Ella fue a la distribución del trabajo y yo quería esperarla, decirle. Pero el deber era ir y me fui. Pero desagradar a Jesús, que desagrada a Jesús, ¡ah!”*.

Y después aquel grito, la tarde antes de morir: *“La comunión, si se puede, si se puede...”* *“No puedo seguir adelante”* *“¿Ofrece lo que le queda de vida por la Unidad?”* *“Sí”*. Vive como cenobita y como solitaria, en la desnudez de la fe hasta los últimos días: *“Si hiciera caso al sentimiento, sería un tropiezo a cada momento. Digo: te amo, pero no siento nada interiormente... Los dones extraordinarios no son necesarios: se puede llegar lo mismo... permanecemos en la oscuridad hasta el final”*.

Siempre más y siempre mejor; con el paso del tiempo, después de la ratificación de la santidad de Sor María Gabriela por parte de la Iglesia, se percibe el mensaje. ¿Pero cómo es vivido su legado en la comunidad de Vitorchiano, que es la prolongación histórica de aquella en la que vivió la Beata Gabriela? ¿Cómo encarnan hoy sus hermanas su experiencia de don y de unidad que María Gabriela vivió antes del Concilio?

Quien entra en Vitorchiano lo hace atraída por una vida monástica en la que el ideal ecuménico tiene una gran importancia, después de haber leído una biografía de Sor María Gabriela; también quien ha conocido el monacato cisterciense por otros caminos no puede no respirar la atmósfera de gran interés y amor por la causa ecuménica, inseparable de un auténtico amor por Cristo y por la Iglesia, que se vive en comunidad: la oración litúrgica y personal por la Unidad, sostenida por una discreta información, forma parte de la experiencia vital de cada una de nosotras.

En ciertas ocasiones especiales, los valores evangélicos y permanentes de la vida monástica que pueden y deben hacer de un monasterio un lugar privilegiado de encuentro ecuménico e inter-religioso, nos permiten acoger alguna pequeña iniciativa muy modesta. No diré que este sea el núcleo de lo que hemos heredado de Sor María Gabriela. La inspiración a ofrecer la vida en sacrificio le fue hecha a ella personalmente y en esto no podemos presumir de imitarla. Su ofrecimiento nos alcanza de otra forma. Inmersas en el misterio de la Iglesia, del que como contemplativas nos sentimos un poco el corazón, es en nuestra casa, entre nosotras, dónde Sor María Gabriela nos llama a hacer unidad, convencidas de que esta es una forma real, y también implícita de ecumenismo.

Es más que evidente que, desde la postguerra, la comunidad ha conocido una floración excepcional de vocaciones, que le ha permitido fundar otros seis monasterios cistercienses en diversas partes del mundo. Hoy, después de haber hecho tantas fundaciones, somos todavía 75 y constituimos la comunidad femenina más numerosa de la Orden. En mayor número italianas, provenimos de todas las regiones de Italia, desde el Trentino a Sicilia. Una quinta parte de las hermanas son extranjeras, de las más diversas procedencias: de Guatemala a Argentina, de Portugal a Hungría, de la República Checa a Madagascar. Están representadas todas las edades: de veinte hasta noventa y tres años, pero la edad media de la comunidad es bastante baja dada la gran presencia de jóvenes. Las diversas extracciones sociales, las diferencias de cultura y educación, de temperamento y de sensibilidad, las riquezas y los límites de cada una y, en fin, las diferentes historias personales hacen de la comunidad un conjunto rico y complejo.

La pasión por la Iglesia, ya ontológicamente “Una”, pero también llamada a serlo visiblemente, para nosotras se traduce en el esfuerzo de unir todas diferencias positivas, ayudándonos unos a otros a combatir contra aquellas negativas producidas por el pecado, convergiendo juntas en el Señor Jesús y conformándonos a Él, sumamente amado y, llegando a ser *un solo corazón y una sola alma* (Hch. 4,32)... dejándonos transformar en Uno, *para que el mundo crea* (Jn. 17,20).

Todo esto, ustedes lo intuyen, es más fácil decirlo que hacerlo. Llamadas por Dios a compartir el mismo carisma cisterciense y por lo tanto unidas entre nosotras por vínculos sobrenaturales más fuertes que los de la carne y la sangre, hemos debido aprender (y todavía lo estamos haciendo...) a llegar a ser verdaderamente hijas y hermanas. La comunidad ha vivido su búsqueda de identidad y de unidad en un tiempo

históricamente difícil, usando nuevas formas. Cuando, después del Concilio, la vida comunitaria se ha convertido en más dialogante, más proclive a buscar una mentalidad común, más tendente al *consensus*, dando el máximo espacio a las legítimas diferencias personales, dolorosamente nos dimos cuenta de cuán divididas estábamos todavía. Todas buscábamos al Señor, no había duda, vivíamos con fidelidad las mismas observancias monásticas, estábamos generosamente a servicio las unas de las otras en los encargos materiales que nos eran encomendados, y sin embargo no éramos todavía UNO. No sabíamos escucharnos, integrar el pensamiento del otro, intercambiarnos recíprocamente nuestros dones espirituales, renunciar a nuestras interpretaciones demasiado personales sobre el modo de vivir la vida monástica. ¡Algunas conservaban una mentalidad preconiliar, otras anticipaban el Concilio Vaticano III! Debíamos aprender a hacer todas unidas la verdad en el amor – *veritatem facientes in caritate* (Ef. 4, 15) – alcanzando juntas aquella *voluntas communis* de la que hablaban tan a menudo nuestros primeros Padres cistercienses y que es la voluntad de Dios buscada y hecha de común acuerdo. Poco a poco aprendimos: progresivamente se fue creando una atmósfera de confianza recíproca, de libertad, de capacidad de diálogo, de amistad que ha impreso en la comunidad, tan grande y heterogénea, un fortísimo espíritu de familia y de pertenencia, vivido en la espontaneidad y en la sencillez.

A partir de Madre Pía, que fue la inspiradora y la guía de Sor María Gabriela, se creó en la comunidad una tradición de superiores que, cada una según los propios dones particulares, ha favorecido la unión y la integración. Primeramente habíamos tenido la gracia de una guía experimentada en el camino de la unidad en la persona de la abadesa que gobernó la comunidad durante 24 años, una mujer de talla excepcional, cuyas enseñanzas nos han ayudado a profundizar la realidad de la Iglesia como misterio de comunión y cuyo ejemplo de dedicación total nos ha introducido a la entrega de nosotras mismas, sin el cual no puede haber ni una verdadera realización personal, ni auténtica unidad comunitaria.

La entrega sincera de sí como condición de humanidad realizada, sobre lo que insiste tanto Juan Pablo II, exige una disciplina, porque no tiene nada de espontáneo; después de el pecado estamos volcados sobre nosotros mismos, no abiertos a los otros y buscamos nuestra pequeña felicidad en la satisfacción efímera de nuestro yo egoísta. Una pro-existencia, una vida *para los otros* – como la de Jesús, que la da *propter nos homines et Propter nostram salutem* – no nos es natural. María Gabriela, en su desconcertante y sabia sencillez, estaba inmersa en el misterio: *Quien quiera salvar su vida la perderá, pero quien pierda su vida por mi causa y la del Evangelio, la salvará* (Mc. 8, 35) *Nadie tiene amor más grande que el que da la vida por sus amigos* (Jn. 15, 13)

Del mismo modo la unidad, que es la aspiración de toda la humanidad y que para nosotros cristianos constituye no algo opcional, sino un imperativo de parte del Señor Jesús, es una realidad de recibir, de querer y de pagar, difícil de realizar verdaderamente en nuestra comunidad. La vida comunitaria no tiene nada de romántico y nosotras debemos hacerle frente con nuestras torpezas, nuestros límites y nuestros pecados. Queremos ser el signo viviente de aquella comunión fraterna para la que Dios nos ha creado, pero aunque lográramos, con la ayuda de Dios, dar el máximo de visibilidad posible a nuestra unidad, el signo será siempre inadecuado y no completo, hasta que se manifieste la realidad plena del misterio, aquella unidad admirable por la

que Jesús oró: *Como tú, Padre, en mí y yo en ti, que ellos también sean uno en nosotros... Yo en ellos y tú en mí, para que sean perfectamente uno.* (Jn. 17, 21.23)

Sea el don de sí, sea la búsqueda de la unidad; en realidad estamos siempre orgullosas, siempre para recibir y para construir, en una conversión que dura toda la vida y de la que nosotros benedictinos hacemos objeto de un voto. Estos fundamentales valores evangélicos de dar la vida y de la comunión fraterna son transmitidos después a las jóvenes, que tienen el derecho de recibirlos y vivirlos con los acentos propios de cada generación. Muchas generaciones de jóvenes han buscado el significado de su vida, entrando en el monasterio: las jóvenes idealistas de los años 60, las rebeldes del 68, después las desencantadas y más tarde las aparentemente buenas chicas y aquellas más motivadas pertenecientes a movimientos, etc. Todas, a causa del ambiente social y cultural de hoy, siempre más frágil e inseguro, siempre con una mayor ignorancia desde el punto de vista religioso, siempre con una pérdida más acentuada del criterio de verdad en el campo ético; pero disponibles, sinceras en su búsqueda de Dios, deseando que su vida esté llena de sentido, necesitadas de amar y de ser amadas, capaces de entregarse, portadoras, en resumen, de todas las cualidades y los defectos personales y de los de su época.

Para estas jóvenes, que son acogidas sin prejuicios y con mucho amor, como para el resto de las menos jóvenes que ya viven en el monasterio, la propuesta formativa siempre ha sido muy clara, simple y exigente: es una propuesta de conversión. Está basada en algunas líneas antropológicas de clara matriz bíblica y evangélica, interpretadas desde la tradición benedictino-cisterciense.

- En la *escuela del servicio divino* de San Benito, que los fundadores de Cister declinan como *escuela de la caridad*, se aprende no sólo a convertirse en servidores de la voluntad del Señor, sino en hijos y hermanos. El hombre, impulsado por su connatural deseo de felicidad, escucha la voz de Dios que le llama a la plenitud de vida, penetra en sí mismo, se reconoce alejado en la región de la desemejanza y, a través del esfuerzo de la obediencia, retoma el camino de retorno a la casa paterna. Puede hacerlo porque conserva dentro de sí la imagen del Padre, a pesar de haber perdido la semejanza.

- En el camino de la conversión el conocimiento de sí se une siempre a la ascesis, *propter emendationem vitiorum vel conservationem caritatis – para corregir los vicios o conservar la caridad (RB Prol.47)*, pero concebida como medio y no como fin. *Mas cuando progresamos en la vida monástica y en la fe*, desaparece el temor servil, se adquiere la libertad amante de hijos y el camino de los mandamientos de Dios – dice San Benito - *se corre la carrera, se dilata nuestro corazón, con inefable dulzura de caridad.* (Prol. 49)

- Cristo Jesús es el único camino que nos lleva de regreso al Padre, el puente, el perfecto mediador que nos pone inmediatamente y vitalmente en contacto con el Padre y con toda la creación del Padre. Camino, Verdad y Vida; no es sólo el modelo a imitar, sino la forma que asumir y a la que conformarnos. Tenemos su Pensamiento, poseemos su Espíritu, somos transformados en Él comiendo su Cuerpo.

- Juntos regresamos al Padre, como Iglesia. Nuestros primeros Padres llamaban “Iglesias” a nuestros monasterios: *la Iglesia de Cister, la Iglesia de Pontigny*, queriendo

expresar la comunión con Cristo, entre los miembros de la comunidad y con todos los cristianos. Estamos insertados vitalmente en la Iglesia universal y particular, de quien expresamos el misterio más profundo: el de la Iglesia-esposa, unida estrechamente a Cristo, su esposo.

- El conocimiento de nosotros mismos como pecadores, pero capaces de conversión a causa de la indestructible imagen paterna que nosotros llevamos dentro y que suscita la nostalgia de la casa de la que nos hemos alejado; la ascesis necesaria para recorrer el áspero camino de retorno; la fe y la vida en Cristo Jesús, hombre-Dios, que nos devuelve el acceso al Padre, nos guía, nos sostiene y nos acompaña, viviendo en nosotros, su Iglesia; son los elementos que nos permiten conseguir la experiencia del Dios vivo ya ahora, en esta vida terrenal. Esta experiencia está ligada a la caridad. “Convirtiendo”, ya desarrollando y purificando la facultad innata del amor, hasta alcanzar amar rectamente a Dios, a nosotros mismos y al prójimo, podemos tener experiencia del Dios vivo, porque Dios es amor. Quien está en el amor, permanece en Dios y Dios en Él. (1Jn. 4,16)

Esta espiritualidad cisterciense muy sencilla, concreta y exigente fue vivida hasta el fondo por Sor María Gabriela, que comprendió profundamente la naturaleza unitiva. Si se vive pagando el precio, forma personas maduras, capaces de darse y de hacer unidad, verdaderas contemplativas y no contemplativas a medias. Esto viene fundamentalmente propuesto como formación inicial y como formación continua, y el número y la perseverancia de nuestras vocaciones testimonian que la propuesta es válida y responde, también hoy, a las exigencias más profundas del corazón humano. Es una espiritualidad que, en la vida comunitaria, requiere y crea siempre nuevas capacidades de confianza, de acogida recíproca, de hospitalidad mutua, de verdadera corrección fraterna, de perdón. El resultado que aparece en nosotras, al menos según nuestros huéspedes y también por convencimiento personal de todas, es el de una comunidad sencilla y alegre, compuesta de “personas normales”, que aman la vida, al Creador de la vida y se aman entre ellas. Nosotras estamos convencidas de que el dejarse transformar por Dios, personalmente y comunitariamente, contribuye a transformar y unificar la Iglesia y el mundo: la Iglesia y el mundo que están en nosotras y para nosotras.

En una vida común existen, obviamente, las tensiones que son causa de sufrimiento: tensiones de todo género, que es necesario aprender a no negar, ignorar, huir, exagerar, sino a afrontar con sencillez y humildad, convirtiéndolas en una fuente de conocimiento de nosotras mismas y ocasiones para crecer en el amor. También existen en nuestra comunidad, por lo que tratamos de combatir con nuestro instinto y con la tendencia a dramatizar rápidamente los conflictos. A veces nos creamos pequeñas heridas, que podríamos evitar, dado que no nos faltan ni la gracia de Dios, ni el sentido común, ni el sentido del humor tan necesario en una vida común tan estrecha. En los diálogos comunitarios, en los diálogos por grupos generacionales y en las revisiones de vida los roces son generalmente aplacados haciendo claridad, denunciando sin términos medios lo erróneo o lo demasiado subjetivo, integrando y conciliando lo que – después de un atento discernimiento – parece bueno, restableciendo la paz y desarrollando la amistad.

En un marco de vida bien reglado, pero en el que el acento está puesto más en la comunión que en la disciplina, hemos aprendido a asumir y amar a personas problemáticas a causa de su temperamento o de su historia, conscientes que todas, en ciertas circunstancias o fases de la vida, podemos constituir un problema para los

demás; la comunidad ayuda de esta manera a curar, a aceptar y aceptarse favoreciendo la acogida y la integración de sus miembros más débiles.

La unidad comunitaria ha crecido cuando nosotras somos reconducidas con ternura materna y fraterna en situaciones de debilidad humana o de límites invencibles, experimentando siempre la fidelidad del Señor.

Otras ocasiones de unidad han sido las fundaciones, que se han sucedido al ritmo de una casa-hija cada 5/6/7 años. Este continuo dar vida a otras comunidades, despojándonos y empobreciéndonos, nos ha unificado y hecho más capaces de donarnos; cada vez se trataba de trabajar en un proyecto común y después ver partir a la gente más válida, aquella capaz de asumir responsabilidades, quedándonos con las más jóvenes en formación y con las ancianas, que en algunos casos deben ser asistidas. Sin contar que, siendo una comunidad numerosa, nos vienen a menudo peticiones de la Orden para ayudar temporalmente a monasterios necesitados y estas peticiones casi nunca son rechazadas.

Vivimos en un tiempo de marcado individualismo, de disgregación, de pretensión adolescente de absoluta autonomía, de general descontento e insatisfacciones: nuestra comunidad querría responder a estos fermentos deshumanizantes con la fidelidad a su carisma cisterciense, que es un carisma de unidad y de apertura al contrario, ofreciéndonos entre nosotras la gracia del estímulo, de la ayuda recíproca, del perdón, de la superación de barreras egoístas e instintivas. Viviendo con fidelidad los valores de la tradición, encarnados sin embargo en las modalidades de hoy, queremos poner en práctica aquel capítulo de la Regla benedictina que tiene un sabor eucarístico: el capítulo 72 sobre el buen celo que deben tener los monjes: *“Si hay un celo malo y amargo que separa de Dios y conduce al infierno, hay también un celo bueno que aparta de los vicios y conduce a Dios y a la vida eterna. Este es el celo que los monjes deben practicar con el amor más ardiente; es decir: «Se anticiparán unos a otros en las señales de honor»: Se tolerarán con suma paciencia sus debilidades tanto físicas como morales. Se emularán en obedecerse unos a otros. Nadie buscará lo que juzgue útil para sí, sino, más bien, para los otros. Se entregarán desinteresadamente al amor fraterno. Temerán a Dios con amor. Amarán a su abad con amor sincero y sumiso. Nada absolutamente antepondrán a Cristo; y que él nos lleve a todos juntos a la vida eterna.”*

Este capítulo recomienda, expresados en términos monásticos, la comunión, el amor, la amistad que unía a Jesús y sus discípulos y que la Eucaristía expresa de la forma más completa: *“Haced esto en memoria mía”*. Yo lo he hecho de una vez por todas: os he amado hasta la demostración suprema, dándoos a vosotros la posibilidad de hacerlo, ofreciéndoos mi Cuerpo y mi Sangre, para que forméis con vuestros hermanos un solo Cuerpo. *“Haced esto en memoria mía”*. Ahora hacedlo vosotros.

Ya sea de forma imperfecta y volviendo a comenzar continuamente, nosotras esperamos hacerlo, con la ayuda de María, la Madre de la Unidad y de Sor María Gabriela.

Al terminar este testimonio vosotros me diréis que la práctica de la vida comunitaria que os he descrito no tiene nada de explícitamente y específicamente ecuménico, pero es sencillamente cristiana: es muy cierto, pero nuestro deseo y búsqueda tan fuerte, no tanto de “hacer cualquier cosa por la Unidad de la Iglesia”, sino

de “ser una Iglesia unida” me parece la expresión comunitaria más fiel para hacer revivir entre nosotras el carisma ecuménico de Sor María Gabriela.

María Augusta Tescari, o.c.s.o.

Cagliari, 23 de abril 1999